

CAMBIO POLÍTICO Y DEMOCRATIZACIÓN EN RUSIA¹

Bruce PARROT

SUMARIO: I. *Orígenes de la reforma y el cambio hacia la liberalización política.* II. *La ausencia de violencia en grandes proporciones.* III. *La identidad nacional rusa y los proyectos para una democratización satisfactoria.* IV. *La reciprocidad entre el cambio económico y la democratización.* V. *El constitucionalismo y otras tendencias de la política rusa.* VI. *Perspectivas para la consolidación futura de la democracia en Rusia.*

El intento por democratizar a Rusia se coloca como uno de los más dramáticos ejemplos de lo que podemos denominar la “Tercera Ola” de la democratización que comenzó durante los años setenta, y comparte diversas características con el proceso político de liberalización en muchos de los países que pertenecieron al pasado comunista. Estas características comunes incluyen, una crisis de legitimidad en la elite política autoritaria; una expansión de la participación política de la ciudadanía, normalmente acompañada de un cambio de mentalidad de los integrantes de la elite; “elecciones sorprendentes” cuyos resultados exceden con mucho las expectativas de quienes apoyaban la reforma; el “efecto de la bola de nieve” de la democratización en los países vecinos; debates constitucionales sobre la apropiada estructura de las instituciones más importantes de gobierno, tales como los parlamentos y las presidencias, y forcejeos sobre el trato que se le debe dar a los líderes y oficiales depuestos quienes dirigían al régimen autoritario.²

1 Traducción de Verónica de la Rosa Jaimes y José Ruiz Díaz.

2 Huntington, Samuel, *The Third Wave* (1990).

Por otro lado, el esfuerzo por democratizar a Rusia, como todos los esfuerzos por democratizar a los demás países poscomunistas, también evidencia diversas características que lo colocan aparte de los procesos de liberalización de los países no comunistas.³ En primer lugar, el intento por democratizar al país ha sido acompañado por una drástica caída del *status* de Moscú como una superpotencia global y por un colapso total de los regímenes comunistas que eran sus aliados militar e ideológicamente en Europa. Anteriormente ligados a un Estado comunista defensor de los reclamos universales, políticos y morales, los habitantes de Rusia se han convertido en ciudadanos de una política débil con un sentido colectivo tenue. En segundo lugar, el proceso de liberalización en Rusia ha coincidido con la desintegración de la Unión Soviética y la pérdida del control sobre las repúblicas no rusas de la anterior Unión Soviética. La desintegración del Estado soviético ha profundizado la crisis de la identidad nacional de los ciudadanos rusos. No sólo el proceso de desintegración ha destrozado a muchas de las instituciones gubernamentales soviéticas, que de otra forma hubieran podido utilizarse como la base para crear un orden político democrático; sino que ha generado dudas sobre la capacidad de Rusia para resistir a las fuerzas centrífugas. En tercer lugar, el esfuerzo de democratización en Rusia ha sido cubierto con una gran transformación socioeconómica por lo que el término “reforma económica” es completamente inadecuado, porque altera fundamentalmente las formas en que los individuos y los grupos sociales definen su interés económico; esta transformación tan profunda de la estructura socioeconómica del país ha hecho que la democratización política sea aún más compleja en Rusia que en otros países que no tienen un pasado comunista. En cuarto lugar, la existencia de una ideología oficial soviética la cual, aun cuando fue profundamente erosionada, ha retrasado aún más la definición de los grupos de interés y la articulación de programas de reforma política coherentes.

En este trabajo, intentaré ilustrar sobre el dinamismo de la reforma democrática en Rusia para lo cual formularé varias preguntas. Primera, ¿cuáles fueron los orígenes de la reforma soviética, y por qué el Partido Comunista adoptó una estrategia de liberalización política y electoral? Segunda, ¿por qué el colapso del comunismo soviético y su

3 Valerie, Bunce, “Should Transitologist be Grounded?”, *Slavic Review*, primavera de 1995.

movimiento hacia la democracia en Rusia ocurrió sin violencia o una guerra civil a gran escala? Tercera, ¿de qué forma las luchas sobre la identidad nacional rusa han afectado los proyectos para la democratización exitosa del país? Cuarta, ¿el proceso de cambio económico ha reforzado o impedido la democratización? Quinta ¿el constitucionalismo se ha convertido en el rumbo prevaleciente en la política rusa? y, finalmente, ¿qué factores pueden complicar o facilitar los proyectos para la futura consolidación de la democracia en Rusia?

I. ORÍGENES DE LA REFORMA Y EL CAMBIO HACIA LA LIBERALIZACIÓN POLÍTICA

El ímpetu de reforma política provino de diversas fuentes. Sin lugar a dudas, uno de los más importantes fue la caída del dinamismo económico del sistema soviético. Desde los años veinte, el régimen soviético ha basado sus reclamos de legitimidad política, así como su política exterior de gran potencia, en el supuesto de que la economía centralmente planificada era más dinámica que las economías de mercado mixto del mundo capitalista desarrollado. Es conveniente señalar que hasta los años sesenta esta hipótesis era ampliamente aceptada por los analistas del mundo occidental, y era una fuente de ansiedad y pesimismo en vez de una fuente de confianza y esperanza. Sin embargo, de manera gradual, la declinación de la economía y la tecnología de la Unión Soviética socavó el optimismo de los dirigentes del Partido Comunista soviético e incrementó la presión sobre ellos, colocándolos en la disyuntiva de buscar nuevos recursos para satisfacer la demanda de modernización militar, el crecimiento económico y el consumo interno.⁴ Debido a que los líderes de la generación de Brezhnev no tenían el mínimo interés y además estaban políticamente impedidos para resolver esta situación con reformas enérgicas, algunos miembros jóvenes de la elite, como Mikhail Gorbachev, decidieron responder con una acción decisiva. Basados no en los éxitos pasados de la Unión Soviética, sino en la resolución del problema a futuro, estos jóvenes reformadores reconocieron que sin un cambio económico fundamental se verían obligados a presenciar en los años venideros la declinación del sistema soviético.

4 Parrot, Bruce, *Politics and Technology in Soviet Unión*, 1983.

Para vencer la resistencia de sus oponentes, escudados en el liderazgo del partido y en la compleja burocracia del partido estatal, Gorbachev y sus seguidores utilizaron el arma de la liberalización política y electoral. Los reformadores se percataron de la necesidad de robustecer a los habitantes de la Unión Soviética como ciudadanos, y como actores económicos. Influidos del rumbo intelectual que habían expuesto en la Unión Soviética únicamente los disidentes, vieron la posibilidad de una “tercera vía” entre el poder socialista y la democracia capitalista. La reforma económica, arguía Gorbachev, no podrá alcanzarse sin *demokratizatsiia*, lo cual significaba un gran logro en la creación del debate público abierto y la genuina competencia electoral.⁵ Para lograrlo, Gorbachev utilizó a los intelectuales soviéticos y, más aún, a aquellas personas que poseían una educación más completa. Debido a la gran carencia de las oportunidades educativas, la reducción de la actividad económica del sistema socialista y la ampliación de los contactos sociales con el mundo occidental, el relativo peso de aquéllos que criticaban el sistema socialista había crecido entre los años cincuenta y ochenta. Con la participación de éstos Gorbachev adoptó una estrategia que copió los patrones históricos de la democratización en las democracias “clásicas” de Europa y Norteamérica, en la cual las facciones líderes tuvieron la posibilidad de movilizar el poder político y derrotar a sus oponentes dentro de la elite gobernante.

II. LA AUSENCIA DE VIOLENCIA EN GRANDES PROPORCIONES

Los procesos de democratización exitosos no son compatibles con la violencia de gran magnitud, por no mencionar la guerra civil. Desde 1988 los analistas, tanto nacionales como extranjeros, predijeron que la liberalización política causaría conflictos tan profundos que podrían causar una guerra civil. Después de 1991, estos analistas mencionaban la catástrofe yugoslava para señalar el camino hacia la destrucción que supuestamente Rusia seguiría. A estas fechas, sin embargo, ni la violencia a gran escala ni la guerra civil han ocurrido, pese a las enormes tensiones generadas por la desintegración de la Unión Soviética y la transformación de la sociedad rusa. ¿Por qué?

5 Las similitudes entre el manifiesto disidente publicado en 1970 por Andrei Sakharov, Valentin Turchin, y Roi Medvedev y el discurso de rompimiento de Gorbachev en 1987 dentro del Pleno del Comité Central del Partido Comunista son sorprendentes.

Algunas explicaciones son por sí mismas sugerentes, al principio de la lista podemos encontrar las consecuencias del proceso de desestalinización manejado por Gorbachev, en comparación con la similar campaña parcial de Krushev tres décadas antes. Gorbachev hizo una completa demostración de los asesinatos colectivos de la época de Stalin, y sobre las instituciones e ideología del sistema estalinista, en vez de mencionar la paranoia personal de Stalin y esencialmente atribuir las purgas sangrientas —contra los deseos de Gorbachev— a la política de Lenin. Pese a que mucha gente durante mucho tiempo sabía, aunque de manera subrepticia de las muertes masivas causadas por la colectivización forzada de la agricultura y por las purgas ordenadas por Stalin, la revelación pública, así como la confirmación de estas atrocidades han generado un impacto social y psicológico devastador. Para muchos de los ciudadanos soviéticos las revelaciones del extraordinario costo humano del entusiasmo han desacreditado la idea de que la violencia organizada podría alguna vez ser justificada como arma política. El *Glasnot* no sólo desacreditó al sistema soviético a los ojos de los ciudadanos ordinarios, sino socavó completamente la confianza política en la elite gobernante, y con ello la voluntad de muchos de los oficiales y empleados, tanto del Estado como del partido, de no utilizar la violencia en grandes proporciones para proteger al régimen en contra de la oposición popular. En virtud de que Gorbachev aceptaba el uso de la violencia en casos determinados no estaba dispuesto a iniciar un gran derramamiento de sangre, y muchos miembros de la elite ya no consideraban la represión violenta como un método legítimo de gobierno.

Un segundo factor que redujo la probabilidad de la violencia masiva fue el surgimiento del nacionalismo antisoviético y el liberalismo político entre 1989 y 1992, periodo crucial de la desintegración de la Unión Soviética. El nacionalismo antisoviético fue una de las fuerzas claves que destruyó la Unión Soviética y fue durante estos años cuando este nacionalismo en muchas de las repúblicas constituidas soviéticas normalmente tuvo una influencia democrática. Esto es verdad, por ejemplo, en los Estados Bálticos, en Ucrania, en Bielorrusia y Armenia;⁶ pero, sobre todo fue realidad en la Rusia misma. El naciona-

6 Dawisha, Karen, y Parrot, Bruce, *Rusia and the New States of Eurasia: The Politics of Upheaval* (1994).

lismo ruso antisoviético personificado por Boris Yeltsin efectivamente privó al régimen socialista, que ya se encontraba despojado de su legitimación marxista-leninista como consecuencia del *Glasnost* de Gorbachev, de su característica autoritaria, del nacionalismo ruso que los anteriores líderes del partido promovieron como una fuente de cohesión estatal. Aunque el nacionalismo popular ruso tiene corrientes tanto liberales y autoritarias, Yeltsin tuvo éxito en redimensionar el manto del nacionalismo ruso en favor del liberalismo y la democratización no sólo porque el *Glasnot* demostró que la política estatal de Stalin exterminó muchas de las etnias rusas y no sólo no rusas.⁷ Una vez organizado bajo el liderazgo de Yeltsin, el nacionalismo liberal ruso evitó la posibilidad de un rompimiento masivo en las repúblicas secesionistas como la de los Balcanes, y le quitó a la autoridad política dentro de Rusia el arma clave para evitar la democratización interna.

Un tercer impedimento para la violencia patrocinada por el Estado fue la tradición apolítica de las fuerzas armadas rusas, así como la creciente fragmentación del ejército bajo los efectos corrosivos del *Glasnot*. Pese a que un número importante de militares se involucraron de manera individual en la política legislativa y de partido, muchos de los miembros del comando supremo desecharon la idea de convertir al ejército en instrumento de la lucha por el poder que correspondía a los civiles del país. En los momentos de crisis, la influencia militar en los resultados de estas luchas ha sido determinante, pero los militares han considerado estos conflictos más como un resultado del “empuje” de la demanda civil que como un resultado de su iniciativa. Muchos de los militares han rehusado terminantemente participar como líderes en los conflictos, por el alto riesgo de que la milicia sea destrozada como institución y, quizá más importante aún, que su intervención podría llevar al país a una guerra civil de graves consecuencias. En el fallido golpe antidemocrático de agosto de 1991, los militares establecidos se encontraban tan divididos que no podían ser usados exitosamente para combatir las fuerzas democráticas lideradas por Yeltsin. En la confrontación entre Yeltsin y el Parlamento ruso en octubre de 1993, las unidades militares especiales

7 Dunlop, John, *The Rise of Russia and the Fall of the Soviet Union*.

acordaron finalmente bombardear el Parlamento, aunque con renuencia y sólo lo hicieron cuando Yeltsin se los exigió.

Finalmente, es un elemento que ha reducido la posibilidad de violencia antidemocrática en gran escala es el amplio grado de oportunidades para el crecimiento individual a través de la manipulación de la privatización económica y de otras prácticas corruptas. Un analista ha caracterizado irónicamente la forma de manejar la privatización de la economía rusa como una “compraventa concertada”. En esencia, las oportunidades ofrecidas por la “*privatización de la nomenclatura*” —es decir, los arreglos internos que han transformado las instalaciones comerciales e industriales de gran valor en propiedad personal de los anteriores intendentes del Estado y del Partido Comunista— ha inclinado el báculo político en favor de muchos de los miembros de la anterior elite reinante, quienes han creado intereses dentro de las estructuras del régimen nuevo en lugar de oponerse abiertamente a él.

III. LA IDENTIDAD NACIONAL RUSA Y LOS PROYECTOS PARA UNA DEMOCRATIZACIÓN SATISFACTORIA

En relación con el contenido de los movimientos nacionalistas, los vínculos entre el nacionalismo y la democratización pueden mostrar diversas formas que van desde la completa compatibilidad, tal como ocurría en muchas regiones de Europa en la mitad del siglo XIX, hasta la incompatibilidad más absoluta, tal como también ocurrió en muchas partes de Europa del siglo XX durante el periodo entre ambas guerras. La Rusia del siglo XIX experimentó un amplio debate entre los partidarios de la civilización eslava y los partidarios de occidente, que discutían sobre si Rusia se debería de desarrollar aliada con Occidente o únicamente bajo sus propios parámetros. Se debe entender que en el siglo XIX el término “occidente” no se refería, y no debe de entenderse ni equipararse automáticamente, con la democracia liberal, el estilo de liberalización occidental fue una de las materias en las discusiones entre eslavófilos y occidentalizadores. Hoy en día, ese debate ha surgido de nueva cuenta en Rusia de forma diferente, y su resultado tendrá un impacto profundo en el desarrollo político de Rusia.

En general, la expansión internacional de la democracia se debe de interpretar desde dos puntos diferentes —ya sea como un producto de difusión cultural, o como un producto del cambio de la estructura social—. Como un producto de la difusión cultural, la democracia es un conjunto de valores políticos y culturales que se han ido generando en las naciones extranjeras y después se importan, para bien o para mal, a otros Estados que mantienen de manera distintiva culturas no democráticas. Como un resultado de los cambios de la estructura social, sin embargo, la democracia es un producto determinado por el equilibrio entre varios grupos sociales, como son la clase media, la cual surge en todos los países que logran la modernización socioeconómica. De conformidad con la difusión, la democracia es una importación cultural; de acuerdo con modernización, es un rasgo natural de cualquier nación moderna. Ninguna perspectiva puede explicar ampliamente el éxito o fracaso de los factores democráticos en los diversos escenarios nacionales, pese a que el desarrollo económico y la presencia de una gran clase media han demostrado el incremento de la probabilidad de que una democratización ocurra.⁸

Debido, en parte, a que ningún proceso de democratización es en sí mismo evidente, las relaciones entre la identidad nacional rusa y la democracia son materia de un intenso debate al interior de la Rusia contemporánea. En resumen, los rusos con un nivel superior apoyan más a las instituciones y valores democráticos, pero esta correlación no garantiza que la democracia sea vista al final como lo más conveniente para los miembros de la sociedad rusa. Mucho dependerá de la forma como manejen la situación los pensadores y ciudadanos rusos, ya que la democracia y la economía mixta que pueden llegar a ser los ingredientes institucionales esenciales para cualquier Estado nación, moderno, pudieran ser considerados como elementos que violen las cualidades intrínsecas de la nación rusa y deba entonces ser rechazada.

Muchos factores influirán en los resultados de los debates sobre esta situación clave. Estos factores incluyen el tenor de las relaciones de Rusia con Occidente; la habilidad de los rusos (así como de los occidentales) para entender que la democracia puede ser buena para Rusia, pese a que tenga serios conflictos de política exterior con

8 Huntington, *The Third Wave*.

otros Estados democráticos; los efectos de la democratización exitosa y de reforma económica en otros países anteriormente comunistas, tales como la República Checa y Polonia; el criterio de los ciudadanos rusos sobre las genuinas alternativas nacionales de democratización; las condiciones económicas de Rusia y sus tendencias en lo que resta de la década.

IV. LA RECIPROCIDAD ENTRE EL CAMBIO ECONÓMICO Y LA DEMOCRATIZACIÓN

Durante los pasados cinco años han surgido debates en Rusia y Occidente sobre la reciprocidad entre la democratización y la rápida privatización de la economía, llamada normalmente “terapia de choque”. Estas discusiones normalmente se han conducido en términos simplistas. Esto ha ocurrido en virtud de que los debates se refieren no sólo a las cuestiones académicas abstractas, sino a las políticas alternativas con profundas implicaciones también políticas, debido a que la relación entre democratización y rápida reforma económica es incierta, y porque esta incertidumbre ha propiciado la discusión de opciones políticas con un celo injustificado.

En general, en estos debates se han manifestado tres formas de los procesos de reforma económica. 1) La democratización y la imposición inmediata de reformas económicas se refuerzan mutuamente. La democratización ofrece una pequeña ventana de oportunidades para la reforma radical antes de que los opositores a la reforma puedan impedir su aplicación. 2) La democratización y la reforma económica se contradicen. La imposición de reformas económicas radicales generará rápidamente una resistencia popular tan elevada que minimizará a la democratización. 3) Sólo un régimen autoritario, como el de Pinochet en Chile, puede sobrevivir a la inevitable resistencia política hacia la reforma económica.

Una manera inteligente de entender esta compleja materia consiste en manejar a la reforma económica como una acción compleja en pleno desenvolvimiento histórico, en lugar de tomarla como un simple acto gubernamental. La primera fase de la reforma, que comprende la reducción del gasto del gobierno, la reducción de los déficit presupuestales, y la estabilización de la moneda puede ser lograda por

un pequeño grupo de líderes políticos —ya sean dictadores absolutos o personas elegidas democráticamente que actúen como *quasi* dictadores, a partir de la concesión de una autoridad legislativa suficiente como para poder realizar la reforma a través de decretos. Sin embargo, en la segunda fase de la reforma, en donde la economía se hace más complicada, se acrecientan las dudas sobre la aplicación del modelo Pinochet en países que no cuenten con instituciones básicas de una economía de mercado. En los países exsocialistas esta segunda fase involucra, entre otras cosas, la privatización de un gran número de bienes estatales; la creación de nuevas instituciones, así como un sistema bancario de fondeo (*two-tier banking system*) y mercados reales de capital; la adopción de una legislación en temas tan complejos como los derechos de propiedad, los contratos comerciales, los ordenamientos corporativos, los códigos fiscales, y procedimientos de quiebra, y la aparición gradual de una nueva clase empresarial. Cambios de esta magnitud no pueden ser alcanzados con un gobierno autoritario. Requieren gobiernos que siempre estén atentos a las circunstancias económicas que distinguen a cada nación y a la participación sostenida de los diversos grupos socioeconómicos nacionales.⁹

El resultado final de la reciprocidad entre democratización y reforma económica en Rusia es aún incierto. Bajo el criterio de la política liberal tradicional, la privatización y la propiedad privada son vistas como baluartes de la democracia en virtud de que reparten el poder económico y proporcionan a muchos elementos de la sociedad recursos para oponerse a la acción arbitraria del gobierno. Rusia ha alcanzado un nivel muy alto de privatización en varios sectores de la economía, pero hasta ahora ello sólo ha generado un cambio de propiedad y de poder político, pero no un cambio en el comportamiento económico. La privatización todavía no ha creado un ordenamiento corporativo para regir la operación de muchas de las compañías y empresas bajo principios genuinamente capitalistas. El contubernio entre los dueños de las empresas particulares y oficiales gubernamentales corruptos es elevada, así como la incidencia de fraudes perpetrado por capitalistas sin escrúpulos en contra de pequeños inversionistas, quienes carecen de experiencia en las prácticas del libre mercado. No debe sorprender

9 Nelson, Koan (ed.), *A Precarious Balance: An Overview of Democracy and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America*, 1994.

todo esto, a Rusia todavía le falta la infraestructura legal necesaria para asegurar la existencia de una “economía civil”, en lugar de una corrupta y predatoria.¹⁰

Todo lo anterior, aunando a condiciones sociales tan diversas, incrementa la posibilidad de que en Rusia poscomunista se pueda minimizar la democracia en vez de reforzarla. Uno de los problemas mayores es que el rápido crecimiento del crimen, tanto individual como organizado, pueda estropear la democracia o desacreditarla a los ojos del pueblo. Además, los acontecimientos de la parte final de la década de los ochenta han llevado a una desigualdad creciente entre los ciudadanos. Los niveles actuales de desigualdad no parecen ser más altos que los de Occidente, y mucha gente ha sorteado la crisis causada por la reforma económica trabajando en la economía informal. Sin mencionar que la ausencia de un sistema de seguridad social real y los cambios drásticos en la vida económica han colocado a muchos de los ciudadanos bajo una gran presión económica y psicológica. Esto es tristemente cierto, en especial, entre los pensionados y los trabajadores de edad avanzada con educación mínima, quienes tienen pocas oportunidades para sobresalir profesionalmente y han sufrido un fuerte descenso en su nivel de vida.

Esta situación ha creado la idea de un retroceso entre los ciudadanos molestos por el desorden público y aquellos que sufren los más grandes apremios económicos. En las elecciones recientes, las personas más apremiadas, económicamente hablando, votaron, de manera desproporcionada por el partido sucesor del antiguo Partido Comunista de la Unión Soviética. Pensar que la victoria de ese partido necesariamente llevaría el final de la democracia estaría alejado de la realidad; sin embargo, ellos lo creen así. Mientras tanto, esas victorias han creado la posibilidad de un ataque en contra de la democracia por parte de algunos de los más ricos miembros de la nueva clase empresarial. Temerosos de un retroceso de la política de libre mercado, algunos de los líderes empresariales más influyentes han manifestado que la reforma económica es más importante que la democrática y se han empeñado en posponer las elecciones democráticas en virtud de que éstas podían llevar a los partidos antirreformistas al poder.

10 Rose, Richard, “Toward a Civil Economy,” *Journal of Democracy*, abril de 1992.

V. EL CONSTITUCIONALISMO Y OTRAS TENDENCIAS DE LA POLÍTICA RUSA

En las siguientes líneas se tratará sobre la fortaleza del constitucionalismo de Rusia, es decir, del movimiento para establecer límites institucionales y legales firmes al poder del gobierno. Las tendencias desde 1991 han sido apremiantes y contradictorias; sin embargo, nos hacen pensar que el constitucionalismo será la característica dominante de la política rusa a largo plazo.

La primera razón para pensar esto es que muchos de los problemas más difíciles a los que Rusia se ha enfrentado han quedado ciertamente sin resolver y otros se han resuelto a través de una serie de elecciones competitivas y referendos. Comenzando por las elecciones al Soviet Supremo de 1989, los rusos han acudido dos veces a emitir el sufragio para escoger a sus representantes legislativos; han elegido presidente y consejos de gobierno. También han participado en los referendos nacionales para emitir su juicio sobre las políticas socioeconómicas de Yeltsin y para la ratificación de la nueva Constitución de 1993. Estas votaciones son previas a las decisivas elecciones presidenciales y a las importantes elecciones de gobernadores regionales de 1996. Rusia ha experimentado dos cambios de legislatura pacíficos, y experimentará, con un poco de suerte, elecciones presidenciales pacíficas para un nuevo periodo en junio de 1996. El hábito de confiar más en los sufragios que en las armas para resolver las controversias políticas fundamentales ha comenzado a permear el organismo político ruso.

Por supuesto no todas las soluciones han sido en esta misma dirección. Por ejemplo, han surgido serios intentos antidemocráticos con el fin de manipular el resultado de algunas de las elecciones nacionales, y por lo menos una de estas votaciones ha sido pospuesta; pero las elecciones de manera general han evolucionado favorablemente por lo que toca a la libertad e imparcialidad. Tampoco se ha podido evitar completamente el recurso de la fuerza, el ejemplo más dramático ha sido el enfrentamiento violento entre el presidente Yeltsin y el Parlamento en octubre de 1993. Algunos analistas más conspicuos piensan que en ese momento Rusia en verdad estuvo al borde de la guerra civil. Desde entonces, sin embargo, los métodos políticos para resolver cualquier controversia han quedado relegados a un

segundo plano, quizá en virtud de que en el Parlamento todavía quedan elites y ciudadanos que quieren correr los riesgos de un cambio nacional hacia la anarquía.

En muchas democracias, la separación institucional de los poderes es un aspecto fundamental del gobierno constitucional. Rusia ha hecho grandes progresos al distribuir la autoridad jurídica a través de las instituciones del gobierno nacional, pero ese proceso todavía no es irreversible. La nueva Constitución, presentada por Yeltsin y ratificada por los electores en el referéndum de diciembre de 1993, otorga al presidente amplios poderes en igualdad con la legislatura, incluyendo el voto decisivo para la selección del primer ministro y el poder de legislar a través de decretos en un gran número de instancias. Adaptada después de las consecuencias del enfrentamiento violento con el Parlamento, sus preceptos constitucionales llevaron a muchos analistas a predecir que la nueva legislatura sería dócil y sin ningún poder; sin embargo, ha jugado un papel de mayor actividad política de lo previsto. Además, de conformidad con la nueva Constitución, el presidente no puede emitir decretos que contravengan a las leyes aprobadas por la legislatura. En consecuencia, conforme la legislatura adopte gradualmente un nuevo cuerpo de leyes, la posibilidad del presidente para legislar por decreto se verá disminuida; asumiendo que el presidente esté dispuesto a respetar esto en los términos de la Constitución.

Quizá la parte más débil del gobierno nacional es la judicial, incluyendo el Tribunal Constitucional. La tradición política soviética excluía completamente la posibilidad de una revisión constitucional de las leyes, y al momento en que el Tribunal Constitucional asumió esta labor se encontraba transitando por terrenos desconocidos. Además, antes de la adopción de la Constitución de 1993 la tarea del Tribunal era inmensamente complicada en virtud de la incoherencia intelectual de la vieja Constitución rusa, la cual ha sido frecuentemente modificada desde su adopción en 1978 y contiene un gran número de contradicciones, entre las que se incluyen declaraciones respecto a la supremacía de la presidencia o del Parlamento. Esta laguna constitucional invitó al Tribunal a intervenir en el conflicto creciente entre Yeltsin y el Parlamento, pero su intervención sólo logró aplazar el conflicto hasta el periodo de su disolución junto con la del Par-

lamento, en 1993. Después de más de un año, un nuevo Tribunal Constitucional ha comenzado a funcionar, aunque con un poder más limitado, pero conserva el principio de la revisión constitucional. Sin embargo, la implementación actual de este principio ha sido impedida por el precario poder político del Tribunal, y por la imposibilidad de obligar a los agentes gubernamentales a respetar sus decisiones.

Independientemente de la separación de poderes, otra barrera que se opone a los intentos por restablecer las reglas autoritarias es la división de poderes entre el gobierno nacional y los gobiernos regionales (esto es, los gobiernos locales y los de las provincias). Por su forma, el Estado ruso es una federación, y desde 1991 muchas de las facultades, especialmente las fiscales y las de recursos naturales, se han otorgado a los gobiernos regionales. Sin embargo, esta delegación ha ocurrido a través de un proceso de forcejeos políticos, por lo que la división de poderes entre Moscú y los gobiernos regionales es fluida en lugar de haber sido establecida firmemente por el derecho. Además, muchos de los gobernadores locales no han sido elegidos de manera democrática. Si estos funcionarios son elegidos democráticamente en el transcurso de este año, tal como se encuentra programado, los gobiernos locales podrán tener mayor poder político y demandar una mayor delegación de facultades por parte del centro. Al hacerlo, podrán constituirse en elementos contra la tendencia por restaurar el gobierno autoritario en Moscú; se debe tomar en cuenta el papel jugado por las legislaturas democráticamente elegidas en algunas de las repúblicas exsoviéticas durante los años finales de la Unión Soviética.

Aunque parece existir un número de requisitos políticos para el surgimiento de un sistema constitucional de gobierno en Rusia, falta un ingrediente fundamental: un orden legal y coherente firmemente establecido. El régimen soviético descansa sobre la regla de la administración burocrática. El Ejecutivo y los órganos de partido emitían las normas, muchas de ellas en secreto, que normalmente eran inconsistentes internamente, y frecuentemente contravenían lo previsto en las leyes formales de la Unión Soviética. En un principio y no siempre de hecho, Gorbachev entendió las consecuencias de este legado, y tuvo el mérito de establecer un “Estado gobernado por leyes” como principio fundamental de su programa político. Sin embargo,

pasar sobre el legado legislativo soviético tomará muchos años, si no es que décadas. Para lograrlo se requerirá que los miembros de las legislaturas y los gobiernos produzcan un cuerpo vasto de leyes nuevas. Será necesario también, que los autores de estas leyes generen una legislación consistente con las otras leyes y con la Constitución misma. Sin ser menos importante, requerirá, además, que los miembros del gobierno y los ciudadanos asimilen una cultura política nueva, construida bajo el supuesto de que se encuentran moralmente obligados a respetar los preceptos de la ley. Si no se crea una nueva legislación coherente, el sistema continuará propiciando la corrupción política y el crimen organizado, que será incrementado con el proceso de transferencia de grandes cantidades de propiedad del dominio público al privado.

VI. PERSPECTIVAS PARA LA CONSOLIDACIÓN FUTURA DE LA DEMOCRACIA EN RUSIA

Aunque nadie podría realmente predecir el futuro de la democratización rusa, se pueden identificar algunos de los aspectos principales que darán resultado a largo plazo. Un aspecto importante será la disposición política de las personas escogidas para dirigir al país, particularmente el próximo presidente, tomando en cuenta que la elección presidencial se llevara a cabo en junio de 1996. La actitud del nuevo presidente que se elija —ya sea un gran defensor de la democracia, o por lo menos “semi-democrático”, o que esté en favor del gobierno autoritario— será de gran importancia. Sin tomar en cuenta sus defectos como líder, Yeltsin ha tratado de dirigir a su país hacia el camino de la democracia. Todavía nos resta ver cómo otros presidentes, en especial un líder comunista Gennady Zyuganov o el ultranacionalista Vladimir Zhirinovskiy, utilizarán las facultades de la presidencia. En Europa del Este, algunos de los partidos sucesores poscomunistas que han regresado al poder a través de elecciones competitivas han adoptado la agenda social demócrata, que incluye la democratización y reformas económicas. Sin embargo, las actitudes y logros del principal partido “poscomunista” ruso no son muy claros. Aunque un presidente como Zyuganov o Zhirinovskiy quizá no llegue tan lejos como para abolir la mayoría de las instituciones de-

mocráticas, tal como la legislatura, podrían restringir las libertades políticas individuales y de los grupos políticos de oposición.

El futuro político de Rusia también será determinado por sus relaciones con el mundo exterior. Uno de los baluartes del régimen comunista era el condicionamiento mental de enfrentamiento y miedo al “imperialismo”, que Stalin y, en menor grado, sus sucesores instalaron públicamente en el pueblo soviético. Gorbachev sistemáticamente desmanteló este condicionamiento mental en favor de “un pensamiento nuevo” con respecto al mundo exterior, en parte porque reconoció que la actitud anterior era un obstáculo para la liberalización interna del sistema soviético. Sin embargo, un regreso parcial a un Estado de enfrentamiento con Occidente podría ocurrir. Ese tipo de eventos podrían ser precipitados debido a un endurecimiento posterior del nacionalismo ruso, así como por cambios reales de la política occidental con respecto a Rusia, particularmente una expansión de la OTAN que pudiere amenazar a la seguridad nacional.

El futuro de la democratización también está ligado con el tema de la integración territorial de Rusia. En 1992, muchos analistas tanto rusos como extranjeros creían que las mismas fuerzas centrífugas que destruyeron a la Unión Soviética destruirían también a Rusia. Hoy, esos temores parecen exagerados, sin tomar en cuenta el intento de Chechenia para alcanzar su separación de Rusia. Moscú ha rehusado los acuerdos de delegación o concurrencia de facultades con muchas de las regiones determinadas a ganar más autonomía. Además, cualquiera que haya sido la validez moral del uso de la fuerza pública por Yeltsin en contra del Parlamento en 1993, y en contra de Chechenia durante el año pasado ha ocasionado que los grupos de mentalidad secesionista moderen su retórica. Estos grupos han reconocido que, independientemente de la explotación económica ejercida por Moscú en el pasado, se podrían encontrar expuestos a presiones políticas por parte de China y Japón si abandonan el techo del Estado ruso. Si, no obstante, Rusia empezara a desintegrarse territorialmente, esto sin duda produciría un regreso al ultranacionalismo entre muchos rusos y provocaría medidas coercitivas que dañarían gravemente a la democratización.

Gran parte de este efecto se produciría si la vecina Ucrania se disolviera, ya que gran parte del conflicto entre las regiones que

constituyen Ucrania pondría a Moscú del lado de los ucranianos rusófonos.

Además, el futuro de la democracia rusa depende de su recuperación económica y de su expansión. Algunos analistas extranjeros exageraron sobre las actitudes rusas hacia la democracia y el bienestar económico. Mayor libertad para no sufrir del abuso de líderes arbitrarios, y libertad para expresar inconformidades sobre las condiciones sociopolíticas son beneficios significativos para los individuos que recuerdan los holocaustos humanos y la sofocante atmósfera ideológica del estalinismo. Sin embargo, mientras la actividad económica, otra vez en crisis, no recupere el crecimiento, como parece que lo está haciendo, y que los ciudadanos rusos dejen de creer que mejorarán sus condiciones de vida a largo plazo, la democracia se deslegitimizará como un ideal político.

La integración de Rusia a la economía mundial tendrá, de la misma forma, importantes consecuencias políticas. La mayor dependencia rusa del auxilio del Fondo Monetario Internacional o de otros bancos internacionales evitará que el gobierno ruso adopte decisiones antidemocráticas. Quizá no carezca de importancia el monto de los flujos de capital y el comercio privado en Rusia. Debido a sus grandes recursos naturales, Rusia tiene una gran posibilidad de obtener grandes ganancias mediante el comercio con el mundo exterior. Sin embargo, para lograrlo requiere de inversión extranjera directa, lo cual obliga al gobierno a crear un orden legal genuino, que otorgue garantías efectivas a los socios comerciales extranjeros. Esto, de alguna forma, creará las condiciones indispensables para extender la regla de derecho a los demás campos de la vida social y política.

Una cosa se puede decir con certeza; aun cuando el movimiento ruso hacia la democracia últimamente parece tener éxito, el camino será largo y difícil. El camino político de Rusia se encuentra lleno de conflictos intensos, poderosas presiones encontradas, y un ir y venir de las perspectivas de la democracia. Los analistas de la situación rusa deben tener en mente que son testigos de cambios históricos de gran magnitud, y que el mérito de estos cambios se medirá no en años sino en décadas.